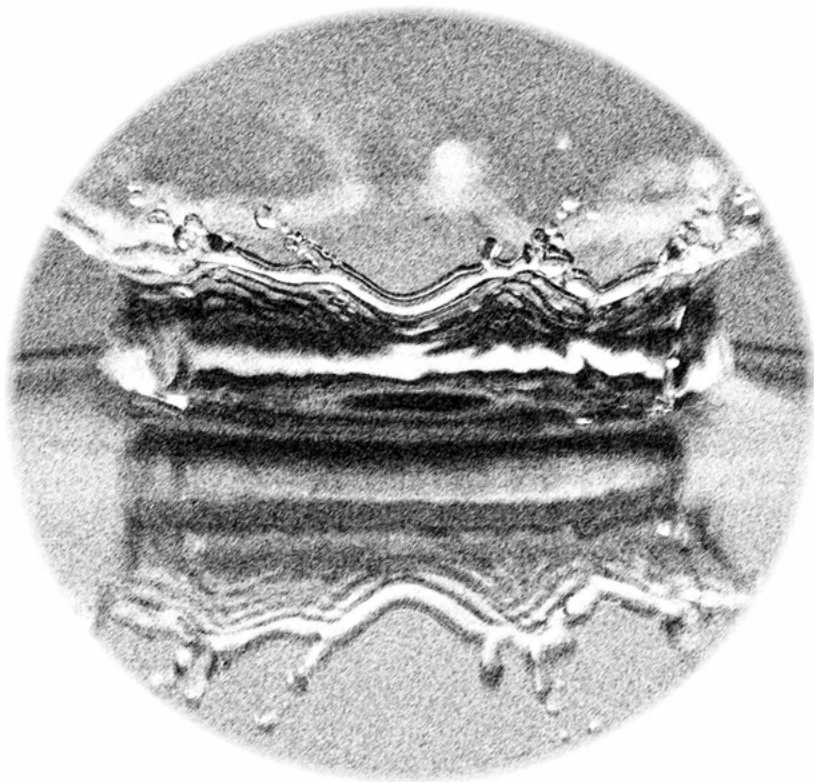


VÍCTOR MORÁN ARTEAGA

LA PIEDRA  
QUE NO VES



**El Buoy Liberal**

© 2023 Víctor Morán Arteaga  
© 2023 El Buey Liberal, S.L.  
Calle de Galileo, 52- local • 28016 Madrid  
Tel.: 913 500 228  
Correo: [elbuey@elbueyliberal.com](mailto:elbuey@elbueyliberal.com)  
[www.elbueyliberal.com](http://www.elbueyliberal.com)  
ISBN: 978-84-7209-401-7  
Depósito legal: M. 17546-2023  
Impreso por LLEVEL DIGITAL, S.L.  
Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de EL BUEY LIBERAL, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Carmen, Alejandra y Andrea:*

*Siempre pedí mucho, pero jamás esperé recibir tanto*



La piedra que ves no es la que te hace tropezar y caer de  
bruces.

(Robert Jordan, "La rueda del tiempo")

Haz sólo lo que sea justo; lo demás vendrá por sí solo.

(Johan W. Goethe)



# Capítulo 1

Desde la distancia vi aquel bulto informe aovillado en el umbral de mi casa. Las primeras luces del alba luchaban aún con las obstinadas penumbras nocturnas, pero estaba claro que el sol volvería a salir victorioso un día más. Regresaba del paseo que, todos los amaneceres, daba playa arriba y abajo. Los pulmones henchidos de sal marina, los ojos cuajados de un astro en ascenso, los pies encalcecinados con la arena fina y todavía fresca, los oídos reverberando una y otra vez con el romper de las olas: diciéndole adiós a la noche y dando la bienvenida a la mañana.

Estaba sentada con unos escuálidos brazos abrazándose las rodillas. Al lado, un bolsón grande aparentemente repleto. La cabeza vencida y, el pelo, cayéndole lacio como una campana que cubriera su cabeza. Sin duda se había quedado dormida y, también sin duda, no había hecho una parada al azar. Me estaba esperando.

Yo había salido a pasear hacía hora y media. Supuse que ella llevaría allí, más o menos, una hora. Se había medio arropado con una toalla pues el relente refrescaba traicionero y ni se había quitado la mascarilla, quién sabe en busca de qué tipo de consuelo. Una cazadora vaquera se cerraba sobre su torso y, por debajo de la toalla, asomaban unas deportivas color chicle. No era fácil el cálculo

vista así, toda hecha una pelota, pero no debía medir más del metro setenta y estaría más cerca de los sesenta que de los setenta kilos. En cuanto a la edad... quién sabe. Sin distinguir el rostro, el cálculo era imposible, pero algo me decía que era muy joven. Demasiado joven para ser ya tan mayor.

Me apoyé en la verja de la terraza y me quedé contemplando cómo subían y bajaban sus hombros acompasados con la respiración. Debía estar muy cansada pues, en ese lento respirar, se reflejaba un sueño profundo en el que se había quedado atrapada. Seguramente, sin ella quererlo.

Entré lo más silencioso posible y me senté mientras encendía el primer Ducados del día. No tenía sentido despertarla y me quedé observándola mientras el humo del cigarrillo me auguraba un bonito cáncer de pulmón. Por pura rutina me fijé en la cerradura de la puerta de la casa y, efectivamente, allí estaba embutida la llave. Se había quedado afuera por voluntad propia. Nada le habría impedido entrar y esperarme en situación más cómoda.

Llevaba viviendo allí tres años y era la segunda visita que recibía. La primera sin previo aviso. La casa estaba a pie de playa y, el pueblo más cercano, a unos dos kilómetros de agrestes senderos. Entre esos dos kilómetros, seis o siete casitas como la mía. No de veraneantes, sino habitadas todo el año por solitarios como yo que nos cruzábamos en muy raras ocasiones, con total carencia de curiosidad por las vidas ajenas. Educados saludos nada más cuando las circunstancias lo pedían y, un tácito acuerdo entre todos de: "no me interesas para nada, no te intereses en mí".

Dicen que las miradas no tienen por qué notarse, pero no estoy muy seguro de la certeza de esta aseveración. Yo no hice ningún ruido ni ningún movimiento. Nada había cambiado en los últimos diez minutos. Pero, de pronto, la muchacha dio un respingo y en un instante estaba en cuclillas y la mano izquierda haciendo presa en el bolsón. No dudó ni un segundo. Su mirada se clavó directamente en



mí como si de antemano supiera dónde iba a estar. Se bajó la mascarilla y, al contemplar su rostro desnudo, pensé que rondaría los veinticinco años. Muy pocos en realidad, pero más incluso que los que la cara limpia y cansada transmitían: era la cara de una niña de doce o trece. La mirada no. La mirada era oscura y sabia. Si no sabia, cuando menos conocedora de muchísimas cosas y, pensé, la mayoría desagradables. Sus ojos eran dos túneles profundos y oscuros que no te permitían indagar en ellos. Sólo transmitían dureza. Casi tanta dureza como dulzura su voz cargada de brisas transoceánicas:

--¿Eres Vicente?

Asentí con la cabeza y esperé por si tenía algo más que decir. Se sacudió de encima la toalla y se puso de pie lentamente. Como diría Sabina, tenía unas piernas muy largas y una falda muy corta. Siguió agarrando el petate como si se tratara del tesoro de los incas y continuó:

--Mi nombre es Ángela -otra vez esa dureza en la mirada y ese aroma a cafetal en la voz. - Doña Elisa me dio tu dirección.

Algo en el tono, o en el mensaje, o no sé en qué, me impidió preguntar por ella.

--Será mejor que entremos.

La bordeé lo mejor que pude y, abriendo la puerta, dejé que me siguiera al interior. Era la típica casa de playa con solo tres apartados: baño, dormitorio y el tercero en el que convivían salón, salita, comedor y cocina. Me pareció que buscaba la manera de empezar a explicarse, pero yo aún no estaba preparado.

--Me imagino que has debido viajar toda la noche -asintió despacio y yo proseguí- y que ni siquiera has desayunado -ante mi mirada interrogante, una nueva afirmación con la cabeza-. Mira,

mientras preparo café y tostadas (no doy para más), date una ducha si quieres y cámbiate de ropa... ¿Tienes para cambiarte?

--Sí, algo he traído -a la vez levantaba un poco el bolso enseñándomelo.

--Pues venga, no se hable más. Aquella puerta del fondo es la del baño. Tómame el tiempo que quieras. No creo que consiga un buen desayuno al primer intento.

Se dio la vuelta y se introdujo en el baño cerrando tras de sí. Yo me apoyé en la encimera de la cocina y clavé los ojos en los azulejos. Como si en ellos fuera a encontrar las explicaciones que impedí que me diera la muchacha. Cuando me convencí de que en ellos no las iba encontrar, puse la cafetera al fuego y encendí el segundo cigarrillo del día, precisamente el que no me correspondía hasta la hora de comer. Desde luego, no sé por qué me empeñaba en luchar contra él. Estaba claro que el vicio del tabaco me había ganado la partida.

Justo cuando el agua empezaba a borbotear en su ineludible ascenso cafetera arriba y las tostadas brincaban dispuestas a colmar los platos, Ángela salió vestida con unos pantalones azules y una sudadera gris. Los pies desnudos y, en una mano, las zapatillas con las que antes se calzaba. En la otra, una bola con la falda vaquera, lo que parecía una camiseta blanca y, supuse, su ropa interior en el núcleo de ese planeta en miniatura. Me giré y abriéndole la puerta de la lavadora le dije que podía lavarla si quería. Que yo no tenía colada pendiente.

Mientras ella se encargaba de su ropa, me dirigí al dormitorio y rebusqué hasta dar con unas sandalias de dedo que para mí eran pequeñas, aunque para ella serían grandes. Pero bueno, en cuestión de calzado, de no ser la talla exacta, mejor que sobre que no que falte.

--Si vas a estar más cómoda, pónelas si quieres.